



Denis-Louis Destors, Dibujo acuarelado de la fachada al parque, 1876. [Musée Nissim de Camondo. © MAD, Paris]

El baño está intacto. Recorre toda la habitación un friso de porcelana de Delft entre dos bandas amarillas. La bañera está en una alcoba arqueada. Todo está inmerso en las sombras. Cierro esta puerta con mucho cuidado.

El quinto piso, la buhardilla: una habitación tras otra, para la ropa blanca, para la colada, para el equipaje, para los baúles. Los dormitorios y los baños de los sirvientes. Los vestidores con armarios profundos de roble donde se guarda su ropa y que conectan su dormitorio y el de su hijo Nissim con unas discretas escaleras de caracol, *escalier du valet de chambre*. Aquí es donde están ahora los archivos. Las balaustradas de piedra que ocultan el tejado desde el parque y la calle hacen que la luz sólo llegue a la altura de la cabeza. Hay un armario con accesorios de iluminación rotos. Algunas sillas rotas más. Abro una puerta y encuentro una maleta Louis Vuitton de la década de 1920.

Un banco en un pasillo lleva la etiqueta de "l'Art Nouveau Bing 22 rue de Provence Paris". Una etiqueta de esmalte doblada, "Toilettes Fils domestiques", está clavada a ras de suelo en una habitación vacía, rosa desteñido. Un pomo de puerta con la etiqueta FI. El vacío.

Tengo que recordarlo. Agarrar el hilo, pasarlo por sus manos, una madeja que se enreda en sí misma. Parece que no pese nada, que desaparezca. Agarrar la historia, su historia, *monsieur*, el hilo de Ariadna.

¹ John Rewald: *Morandi*. Nueva York: Albert Loeb & Krugier Gallery Inc., 1967.

² Sarah Kafatou: "An Interview with W.G. Sebald", *Harvard Review*, nº 15, otoño 1998, pp. 31-35.

VII polvo

Querido amigo:

no es que no me guste la limpieza, es simplemente que el polvo me atrae. El polvo proviene de algo. Delata que algo ha sucedido, muestra lo que se ha alterado o cambiado en el mundo. Marca el paso del tiempo.

Hace unos años me pidieron que formara parte de una exposición sobre Giorgio Morandi. Fui al apartamento de Morandi en via Fondazza, en Bolonia, donde vivía el pintor hacía treinta años, con su madre y su hermana. En el modesto estudio contiguo a la puerta del comedor, Morandi ordenaba y reordenaba sus tarros y jarrones votivos y latas que luego serían bodegones, marcando su posición coreográfica con lápiz en las mesas que él mismo había construido. Y entre aquellos objetos, escribe John Rewald, historiador del arte, había:

«un polvo denso, gris y aterciopelado, como una suave capa de fieltro, cuyo color y textura parecían ser el elemento unificador de todas esas botellas altas y cuencos fondos (...). Ese polvo no era fruto de la negligencia y el desorden, sino de la paciencia, testigo de una paz total (...). Ese polvo que lo cubría todo era como un manto de nobleza...»¹.

Usted vive sin negligencia ni desorden, pero espero que pueda entender la idea de "testigo". Estoy seguro de que el "manto de nobleza" le dirá algo.

Sin polvo, *monsieur*, es más difícil encontrar las trazas.

Echo la vista atrás siguiendo las trazas de mi propia familia y pienso en cómo empezaron en un *sh-tetl* —polvoriento— y luego se trasladaron a Odesa, en el bulevar Primorski, con vistas al mar Negro. Y luego a la Ringstrasse de Viena y a la rue de Monceau —diez casas más arriba de donde vive usted en la colina, aquí en París—, y pienso que debieron de vivir en una serie de enormes edificios en construcción. Calles sin pavimentar y caballos y carros y carruajes y los canteros trabajando en el interior y el exterior de la casa, y luego carpinteros y yeseros y pintores y doradores, cada uno produciendo sus propias nubes de polvo particular, sucio en invierno y peor en verano. Con chimeneas en todas las habitaciones y las lámparas de gas que desprendían ese sudoroso hollín, y con los muebles mullidos del Segundo Imperio —todos esos asientos acolchados, todo aquel dislate operístico de cortinas y tapices y colgaduras y cortinajes que se arrastran—, habría polvo por todas partes.

Para no tener polvo hay que ser rico y exigente y tener sirvientes barriendo sin cesar todas las trazas que puedan mostrar de dónde vienes.

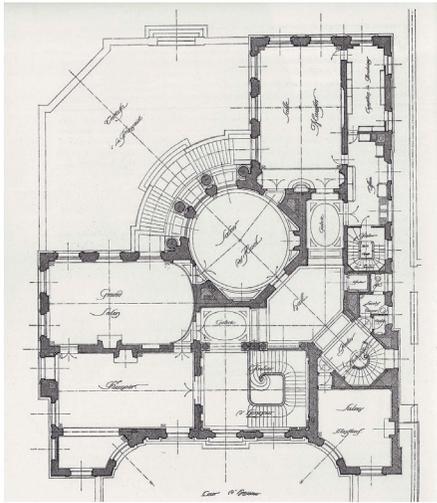
Éste es el viaje paralelo, polvoriento, de nuestras familias.

Lo dejaré reposar.

VIII

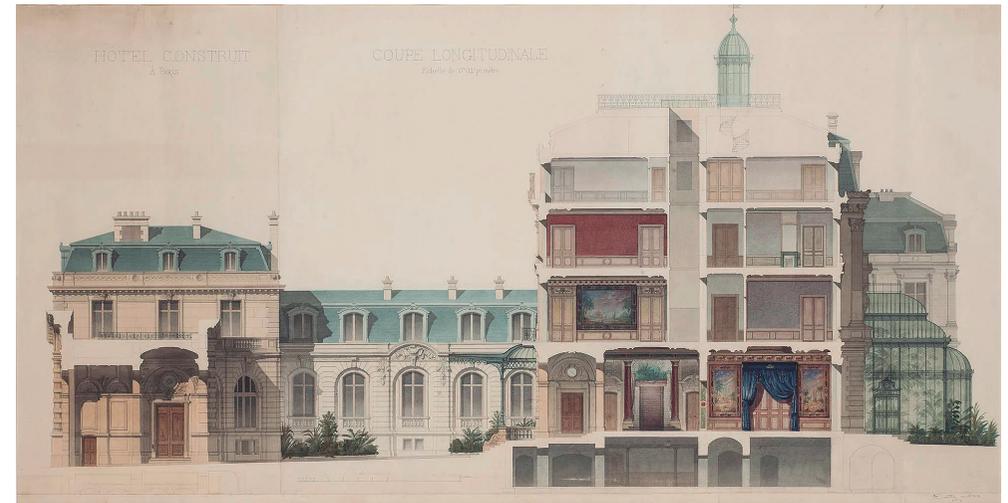
Monsieur:

«Ceniza(...) el último producto de la combustión, sin nada de resistencia(...) [representa] el límite entre el ser y la nada. La ceniza es una sustancia redimida, como el polvo», escribió W.G. Sebald².



Denis-Louis Destors, Plano de la planta superior del hôtel Camondo en 61, rue de Monceau, París, 1876.

Denis-Louis Destors, Dibujo acquarelado de la sección longitudinal, 1876.



No entiendo muy bien estas palabras, pero me obsesionan. Las siento cerca del corazón de lo que quería preguntarle.

IX

Así que, *monsieur*, tengo que seguir un rastro.

He leído todos los libros que he podido encontrar y catálogos y artículos académicos, algunos con sentido. Me he visto volviendo a mis viejas costumbres, colocando en la parte inferior los libros de París que había dispuesto en los estantes de arriba para tenerlos al alcance de la mano, buscando cuadernos de hace veinte años. He recuperado los diarios de los Goncourt. He recuperado a Proust, y algunos Balzac, y a Huysmans, aunque no estoy seguro de poder enfrentarme de nuevo a él. Y le aseguro que realmente he estudiado la evolución del gusto por el *japonismo* en París, los salones y las *salonnières*, evidentemente el caso Dreyfus, Édouard Drumont y la prensa antisemita, los duelos, Bizet, las barbas, los bigotes, los *flâneurs*. Puedo pasear con usted por las mansiones judías de la plaine Monceau. Sé perfectamente con quien se acostaron mis primos hace un siglo.

Los archivos de la buhardilla ayudan, pero ahora necesito buscar las cosas que no han sido catalogadas ni archivadas ni fotografiadas. Usted fue muy drástico con sus deseos a propósito de la donación de la casa y las colecciones, preciso en la planificación sobre dónde quería que fueran los visitantes y lo que podían ver.

Y lo que les estaba vedado.

No le escribo para decirle que hay algunas cosas de la casa que simplemente no me gustan, *monsieur*, ya que sería un poco descortés. Pero la ménade ésa no envejece bien. Y luego está ese desnudo espantoso encima de su cama. Parece ser una alegoría del sueño, pero con muy poco encanto, para serle sincero. De hecho, esto no tiene nada que ver con el gusto. Se trata más bien de que todas estas enormes habitaciones están tan cuidadosamente calibradas que se produce una atracción gravitacional hacia arriba y hacia abajo, hacia la buhardilla y hacia el sótano, hacia lo que no quería usted que encontráramos, las cosas que sobrevivieron a su supervisión, a sus prohibiciones. Eso es lo que busco.

Cuando seguía el rastro de mi familia, realmente no entendí la casa de Viena hasta que, desde el sótano, me paré a mirar hacia arriba la vertiginosa espiral de las escaleras de servicio, la circulación oculta de personas que la hacían funcionar, que la mantenían a flote.

Así que empiezo por la cocina y me abro camino a través de la casa evitando los espacios públicos. Su arquitecto, René Sergent, acababa de reformar Claridge's, en Londres, cuando diseñó estos espacios, que son el último grito en eficiencia. La ventilación y las tuberías son de vanguardia, los pomos de las puertas de los fregaderos están acanalados para que se adapten a la mano de una ayudante de cocina ajetreada. Los azulejos de loza blanca brillan. La encimera de hierro fundido parece tan pulida como uno de sus nuevos automóviles en la inmensidad de sus cocheras. Todas las ventanas tienen vidrio esmerilado. La luz es tenue. La puerta de la escalera de servicio es discreta, apenas visible. Una flecha con plumas bajo la escalera de servicio señala el camino hacia las escaleras metálicas que rodean un ascensor central. Subo. La primera puerta me lleva a la despensa del mayordomo, con sus fregaderos de zinc para lavar vasos y platos. Una puerta oculta conduce al comedor. En el siguiente piso están las dependencias del mayordomo, su segunda despensa y el cuarto de la plata con sus estantes forrados de terciopelo para la cubertería.

Pierre Godefin entra al servicio de la familia en 1882 como mayordomo de su tío y permanece hasta 1933. Los cristales transparentes de sus ventanas le ofrecen una panorámica del parque a través de los árboles. Hay un tablero para colgar todas las llaves. Se sienta aquí y encarga trementina y pieles de gamuza y papel de seda y cepillos de crin de caballo y cristales y pasta Buhler y polvos para limpiar los cuchillos y Curémail y jabón blando y paños para el suelo y polvos Goddard para la plata y alcohol y escobas de paja. *Monsieur* Godefin encarga mermelada a Fouquet's y *petits fours* a Boissier. Le conoce bien.

En el siguiente piso, la habitación del ama de llaves, con una ventana que da al patio. Y a continuación, el *habillage* de Mlle., las habitaciones para su hija Béatrice. Y a través de la luz que se filtra por las contraventanas se entrevé una columna de mármol con una etiqueta de equipaje atada y muebles bajo un guardapolvo, una silla abandonada, algo que necesita reparación. El papel de la pared es delicado, verde, con flores entrelazadas: perfecto para el dormitorio de una jovencita.